

M<sup>o</sup> 863  
C.

PQ 7297

C 3436

## FLORENCIO M. DEL CASTILLO.

---

ALGUNOS RASGOS BIOGRAFICOS.—SU CARACTER.—SUS OBRAS.

**L**O que podamos decir hoy respecto de Florencio M. del Castillo será bien poco, despues de lo ya publicado en varios periódicos, con motivo de sus cualidades personales y el mérito de sus obras literarias.

Nuestro objeto aquí, mas bien se reduce á emprender, en un corto espacio, el bosquejo de un jóven con el candor, la nobleza y la bondad de un niño que, como era natural en tales condiciones, pasó el valle de la vida en la amargura, pero no en el desencanto, buscando y hallando constantemente en los brazos de la tristeza, de la virtud y de la pura y buena religion, los consuelos que parecian negarle la suerte caprichosa y la sociedad positivista en que vivió, bien pocos años por cierto, y tal vez por su fortuna.

Estamos absolutamente seguros de que al leer estas líneas, no habrá uno solo de sus amigos ó de las perso-

nas que le estimaron, que no recuerden con dulce cariño y con noble envidia, aquella alma buena, generosa y sin hiel, á la que no pudieron envenenar ni las amarguras de la vida, ni las decepciones del mundo.



Si por el año de 1856 cualquiera de nuestros lectores se hubiese asomado á un cuarto alto de la casa número 3 de la calle de San Juan de Letran, habria visto, la mayor parte de las tardes de la semana, el cuadro siguiente:

Al rededor de una mesa casi cubierta de periódicos, libros y folletos, se veian á cuatro jóvenes, de los cuales el mayor de ellos sin duda, pues parecia tener 27 años, era blanco, con una frente anchísima coronada de muy rubios y rizados cabellos; con los ojos azules, pequeños y de una viveza extraordinaria; fácil y jovial en la palabra, y con un traje decente y aseado, pero sin revelar la menor afectacion. Era el sentido y dulce poeta Francisco Gonzalez Bocanegra, bardo de alma entusiasta y generosa á quien sus amigos llamaban el *Cantor de Elisa*.

Al lado de este, hojeaba un libro otro jóven de tez ligeramente rosada, de facciones casi femeniles; pero con las cuales contrastaba su aspecto grave, su frente rugosa, su mirada varonil y la inmovilidad de sus delgados labios que apenas sombreaba un ligero bozo, negro como su riza y negra cabellera. Este jóven, vestido con delicada elegancia y que tenia la concentrada gravedad de un inglés, era el severo y desencantado poeta Márcos Arróniz, que hablaba muy poco aún entre sus amigos, que le llamaban Byron, no porque le equiparasen jamas con el

gran poeta, sino por la admiracion que Arróniz conservó siempre por el autor del *D. Juan*, uno de cuyos cantos tradujo. Cuando mas tarde Arróniz se hizo soldado batiéndose valientemente en los campos de Ocotlan, nuestro amigo Francisco Zareo con su gracia delicada y al ver á aquel jóven fino, ataviado con los arreos del soldado, le llamaba *La doncella de Orleans*, frase que hacia á Arróniz fruncir mas aún el entrecejo.

El tercero de nuestros jóvenes escribia llenando cuartillas de papel con una velocidad increíble, si bien era cierto que él mismo no lograba algunas veces leer lo que habia querido escribir.

Este jóven era de alta estatura, delgado y muy pálido; el cabello largo y enteramente lacio; tan pronto se le veía arrugar la frente, como se oia salir una franca risa de sus labios un poco gruesos y sombreados por un escasísimo bigote, ó dirigir alguna mirada vaga por debajo de sus anteojos. Vestia siempre de negro, llevando constantemente abotonada la clásica casaca, *fiel compañera de sus fatalidades*, segun él mismo decia, y no sabremos decir si habia mas desórden en su traje descuidado ó en aquella cabellera reñida á muerte, como las ideas de su dueño, contra todas las tiranías y contra todas las pomadas y cosméticos. Este jóven tenia constantemente á su lado una taza, que alimentaba una gran cafetera, dando tres ó cuatro sorbos del aromático líquido, por cada cuartilla de papel que despachaba; y ya fuese por no hallar la palabra que buscaba, con la celeridad deseada, ó ya que sus amigos le impacientasen con su risa y su algazara, nuestro jóven golpeaba la mesa furioso y gritando: ¡Idos

con tres mil satanases al infierno, que me estais fastidiando.....! ¡Diablo! ¡y os habeis tomado todo mi café.....!

Una careajada de sus amigos contestaba aquellos votos; pues por lo que hacia al café, él solo le habia agotado. Seguia pues escribiendo y trabajando en medio de las chanzas que por cariño le dirigian sus amigos; contestaba alguna extravagancia siempre graciosa que hacia reir hasta cansarse á sus compañeros, y despues de un rato de silencio llevaba la mano al bolsillo de su chaleco, donde generalmente nada encontraba, y se dirigia á sus amigos diciendo: «Si quereis que algun dia la gloria cuente que dábaís café al *Génio*, \* enviad y que se le traigan.»

Sus amigos muchas veces se rehusaban á obsequiar su deseo sabiendo que el exceso con que tomaba el café le perjudicaba, y entónces él les decia: «¡Sois unos brutos, incapaces siquiera de comprender las altas virtudes de esa semilla prodigiosa! Cuéntase, pues, que el buen rey de los Salmos le tomaba á discrecion, y aun parece ser, que el *Super flumina*, brotó á los vapores de una riquísima taza del delicioso *Moka*. ¡Pero vosotros sois unos animales! Y luego agregaba: Celebremos, pues, una transaccion; compradme dulces y os ofrezco que dentro de cinco minutos está terminado el *bicho* y nos saldremos á pasear. Ayudad pues, tomad ese tomo y traducid algunas páginas para el folletin.»

El jóven de que acabamos de hablar y que esto decia, era Florencio M. del Castillo, cuyos rasgos físicos mas característicos hemos querido bosquejar.

En efecto, sus tres amigos, pues no habiamos hablado

\* Así le llamaban sus amigos.

del tercero que es el que escribe estas líneas, nos poniamos á traducir alguna novela para el periódico, y ya se habrá comprendido que esta escena pasaba, en la redaccion del «*Monitor Republicano*,» del cual Florencio del Castillo fué por mucho tiempo uno de los redactores.

Terminado, pues, *el bicho*, como en su estilo humorístico llamaba Florencio al periódico, saliamos los cuatro amigos á recorrer las calles ó á sentarnos en una banca de la Alameda, donde generalmente las frases oportunas, raras y graciosas de Castillo nos hacian pasar horas agradables, terminando siempre por hablar ó discurrir larguísimos ratos sobre literatura, nuestra pasion favorita. Cuando Florencio estaba fastidiado era seguro que le affigia algo grave; porque para él lo era la falta del cumplimiento de un capricho pueril: seguramente que habria puesto en las manos de su adorada madre toda su quincena, y tenia necesidad de algun libro nuevo, de un poco de café ó de algunos dulces; pero el disgusto de estas privaciones desaparecia para Florencio, en el momento de pensar que su madre tenia algunos dineros; tal idea le hacia enteramente feliz y entónces reia contento.

Alguna vez sucedió que Florencio estaba triste; é interrogado por sus amigos contestaba: «¡Qué diablos! figuraos que mañana es el santo de mi *Angelus* y no hay dineros para comprarle flores..... Cuotizaos, pues, y mandemos hacer un magnífico ramo en el jardin de San Francisco!»

Así se verificaba, que ya en otra vez varios amigos nos habiamos cuotizado para que se cortase el pelo uno de los nuestros, que mas tarde fué el honor de la prensa, de la tribuna y de la literatura nacional.

Y esto pasaba, no porque nosotros fuésemos mas ricos que Castillo, no; sino que él todo el fruto de su trabajo lo dedicaba á su madre y para los pobres, en obsequio de los cuales se deshacia gustoso de la peseta destinada á sus dulces, á las flores para su amada ó á el café, su néctar preferido.

Hemos querido describir las escenas anteriores, porque ellas dan alguna idea del carácter, la sencillez y bondad casi infantiles de Florencio Castillo, que verdaderamente se lanzaba al mundo,

*Con pasos de hombre y corazon de niño.*

De no ser con los amigos de quienes acabamos de hablar ó de alguno otro, pues eran bien pocos los que le conocimos, en lo general se le veia solo, distraido y pensativo; cuneando al caminar y envuelto en un abrigo, que él llamaba su *gamanduz histórico*, puesto que habia sido el compañero en su primera historia de amor; historia de un amor que debió ser puro y desgraciado, como lo fué la buena alma que le habia concebido.

En Florencio la primera y mas bella dote, como purísima emanacion del cielo, era la adoracion constante que tenia para su madre, así como su amor inmenso para el hermano y la familia. Se comprende, pues, que con tales cualidades, aquella alma tenia que estar dotada de una bondad y de una sensibilidad muy delicadas. Así era, y así se revela en cada una de esas líneas empapadas en amor y caridad, iluminadas por la esperanza del cielo, y regadas por ese maná dulce que robustece el espíritu y que se llama la sana y buena meral.

Exaltado en sus ideas de patriotismo y libertad, la

prensa periodística le vió siempre valiente y uno de sus primeros soldados; como hombre de vasta lectura y excelente instruccion se le oia siempre con gusto; y como amigo, supo hacer de los suyos verdaderos hermanos, pues así le querian los pocos á quienes daba tan hermoso nombre. Pero de ese pequeño círculo, bien pronto tuvimos que lamentar pérdidas bien sensibles. Márcos Arróniz, el poeta mártir, á quien como al Tasso se encerró en un hospital de dementes, en cuya terrible morada nosotros le acompañábamos algunas horas ayudándole á traducir algunas poesías de Byron, para endulzar su amarguísima suerte; Arróniz decíamos, moria solo y miserable á manos de cobardes asesinos en el camino de Puebla, donde se encontró su cadáver lacerado por varias puñaladas..... Poco despues y cuando Florencio todavía lloraba á otro de sus mejores amigos y casi su discípulo en literatura, á Juan Diaz Covarrubias, el poeta-niño asesinado cobardemente por una camada de asquerosos y sanguinarios tigres, Florencio, pues, tuvo que lamentar tambien la pérdida de Gonzalez Bocanegra, víctima de nuestras luchas fratricidas y sus odios políticos, que moria oculto en 1861, con la amargura de separarse para siempre de una esposa joven, bella y adorada, dejando tambien en la orfandad á tres hijas del alma.

Estos golpes afectaron profundamente á Florencio, á quien oimos exclamar recordando la muerte de sus amigos: «No será mi fin mas lisonjero.....»

Tal vez nuestro pobre amigo presentia su terrible destino.

Fijados ya algunos rasgos sobre el carácter de nuestro

novelista, pasemos á dar algunas noticias sobre la corta historia de su vida.

\* \* \*

El Sr. D. Demetrio del Castillo, oriundo de Costa Rica, llegó á nuestra República en union de su hermano el Sr. D. Florencio, que fué canónigo de la catedral de Oaxaca y despues su obispo electo y gobernador de la mitra. El Sr. D. Demetrio, abogado notable por sus talentos y honradez, ocupó puestos muy distinguidos en dicha ciudad, donde fué magistrado, pasando despues á esta capital, en la que figuró como diputado y senador, habiendo venido á ella acompañado de su virtuosa y excelente esposa la Sra. Doña Francisca Velasco. De este matrimonio nació el 27 de Noviembre de 1828, en México, nuestro escritor Florencio María del Castillo.

Apenas terminada su primera educacion, el señor su padre, que habia conocido la clara y precoz inteligencia del niño, y ademas su índole apacible y dócil, procuró fomentar sus aptitudes y le colocó en el Colegio de San Ildefonso, donde hizo sus estudios de filosofía. Por esta época sobrevino la muerte del Sr. D. Demetrio, padre de Florencio, cuando este solo contaba doce años, pues era el de 1840, y ya se verá que muy temprano comenzaron para Florencio los grandes dolores de la vida. Ya en tan corta edad revelaba su gran aficion á las letras, pues ocupaba sus ratos de ocio en escribir novelitas que ponía en pequeñitos libros, que él mismo cosía y encuadernaba, dedicándose con gran empeño á la lectura de obras de

masiado serias é interesantes para su edad, pero las cuales él estudiaba y meditaba.

El cielo quiso que á falta del padre, quedase á Florencio su hermano mayor, el Sr. D. José María del Castillo Velasco, hoy ministro de Gobernacion, y cuyos notables talentos como jurisconsulto y como publicista son tan conocidos en la República; este pues, desde ese momento, aunque demasiado jóven, fué el apoyo y director tierno y cuidadoso de su menor hermano Florencio.

Poco despues este comenzó sus estudios de medicina, pues que sentia cierta repugnancia por las carreras de la milicia y del foro. Mas como con su edad creciese su extraordinaria inclinacion por las bellas letras, los estudios médicos llegaron al fin á cansarle; porque aquella organizacion demasiado nerviosa, y aquella alma exquisitamente sensible é impresionable, no era posible que se aviniese á tales estudios, en el momento en que llegasen á su penosa y tristísima práctica. De lo que en esta pudiera sufrir Florencio, se podrá tener una idea al leer lo que él escribió con el título de *Dos horas en el hospital de San Andrés*. Ademas de lo dicho, creemos que los siguientes párrafos que copiamos de una carta íntima que se nos ha facilitado por una persona de la familia de Castillo, dan alguna idea de los motivos que hicieron su carácter retraido y sombrío, apartándole tambien de la carrera científica que habia emprendido.

«Cuando comencé á estudiar tenia yo diez años, y desde entónces comenzaron mis mas acerbos y mas punzantes dolores.—¿Sabe vd. por qué? Porque tenia una alma cándida y vírgen, porque no era fuerte ni perverso. He

aquí lo que sirvió para formar mi carácter triste y sombrío.

«Por mucho tiempo ví que mis compañeros reían de mis tiernas confianzas: luego noté que procuraban sacar de mí el provecho que podían, pero sin asociarme jamás á sus placeres, complaciéndose en ajarme con sus sarcasmos.

«¡Oh! acaso le parecerán á vd. una niñería estos renglones, y sin embargo, yo no recuerdo sino con tristeza esas penas de niño tan insignificantes para los demás, pero tan crueles para mí.—Yo necesitaba el amor para vivir, como las plantas necesitan el sol. Cuando ví que así era tratado por mis compañeros, perdí el valor con que había comenzado mis estudios. Temeroso de las burlas no volví á comunicar á nadie mis sensaciones, y de día, en día me aislaba más y más, hasta que bien pronto llegué á estar solo, enteramente solo. Entónces yo para vivir tuve que formarme un mundo aparte; que crearme seres buenos que me comprendiesen; pero que solo existían en mi cerebro..... Entónces para consolarme tenía que entregarme á mis delirios..... ¡oh! tal modo de ser hubiera sido una felicidad, si ella no me hiciera aborrecer la sociedad de los hombres, hasta el grado de que mis compañeros al verme adusto y sombrío me llamasen, *loco*..... Loco, porque me complacia en formarme un mundo de ilusiones que me hacían luego más amarga y triste la fría realidad.

«Así corrieron mis primeros años; años felices, porque entónces aun tenía un padre que me adoraba, llenando todos mis deseos..... Pero bien pronto la muerte debía arrebatármelo.....

«Era el lunes 3 de Agosto de 1840, á las ocho de la mañana, cuando quedaba abandonado en el mundo.....

«Tenía yo doce años entónces.

«Había días en que yo tenía esperanzas de encontrar un ángel, y entónces mis pensamientos y mis acciones tenían un sello de pureza y bondad, porque me parecía que debía conservarme bueno y puro para merecer el cariño de mi ángel.»

Así hablaba Florencio á una mujer á quien amaba y á la que abría todo entero su cándido corazón, contándole sus ilusiones y sus penas. Sus decepciones de colegio predispusieron su ánimo á ciertos estudios y por consecuencia, abandonó decididamente la medicina, dedicándose al cultivo de la literatura, que era sin duda á la que le llevaban su genio y una vocación decidida.

«Desde ese momento algunos buenos artículos del muy jóven escritor, publicados ya en los periódicos de literatura ó políticos de la época, llamaron la atención del público y de los escritores mexicanos, así como sus pequeñas novelas, que bien pronto le dieron á conocer, granjeándole con generalidad el cariño y la estimación, no solo de sus amigos y de los aficionados á las bellas letras, sino de todas las personas amantes de la virtud y de la bondad.

«Por el año de 856 las grandes ideas de reforma iniciadas con anterioridad, aparecieron armadas y amenazantes conmoviendo á la prensa y al espíritu del país entero; y, como era natural en un hombre que guardaba una alma noble, patriota y amante de la justicia, del progreso y de

la humanidad, Florencio se lanzó de plano á la política y á las mas exaltadas controversias de la prensa, de cuyo torbellino ni quiso ni hubiera podido salvarse.

Despues del golpe de Estado, en Diciembre de 857, dado por el Presidente Comonfort, y en la época llamada de la Reaccion, nuestro novelista fué tenazmente perseguido por la policía con motivo de sus trabajos y sus escritos políticos, y despues de una muy dura prision en un cuartel, se le confinó al Molino Blanco.

De esta época hasta la desgraciada muerte de nuestro amigo Florencio del Castillo, nos permitirán nuestros lectores que cedamos la palabra al elocuente y elegante narrador Ignacio Altamirano, en lo cual sin duda que ellos y este humilde artículo mucho habrán ganado.

Escuchémosle, pues:

«Hemos dicho que los estudios literarios eran la ocupacion favorita de Florencio; pero aun entre estos habia algunos que amaba con predileccion: tales eran, la fisiología y las obras de los moralistas. Tambien dedicó no pocos dias á la historia de su país, y escribió un breve compendio de la historia antigua de México, que se recomienda por su belleza de estilo y por sus buenas apreciaciones.

«A pesar de que sus escritos se distinguen por un tono sentimental y melancólico, ¡cosa rara! Florencio se interrumpia á veces para escribir algunas composiciones jocosas, chispeantes de gracia, inimitables, que andan esparcidas en algunos periódicos y calendarios. Varios de sus amigos pensábamos que este género era su fuerte, y que en él hubiera podido brillar de una manera notable; pero

cuando soliamos decírselo á Florencio, movia él la cabeza y nos decia «No, yo no puedo escribir con la risa en los labios, yo soy el traductor de los dolores del pueblo; yo sufro con sus penas, y toda alma que padece simpatiza con la mia, que tiene una extraña predisposicion á la tristeza.»

«Y así era en efecto: aunque Florencio pertenecia á esa familia de *Bohemios* de la literatura, que generalmente apuran todos los sufrimientos de la vida, no podia llamarse realmente desgraciado; y si alguna vez se tenia por tal, era porque las aspiraciones de una alma privilegiada como la suya, encuentran mil contrariedades en un mundo donde todo es fria realidad y repugnante pequeñez.

«La imaginacion de los poetas, su modo de sentir diverso que el del comun del vulgo, les hace correr en pos de un ideal sublime, que se rompe y desbarata al tocar la realidad, teniendo igual suerte que el *Ixion* de la fábula que, al precipitarse en los brazos de su soñada diosa, no encontró mas que nube y mentira.

«Florencio debió sufrir mucho, porque no solo era un poeta, sino un amigo de la humanidad; un liberal sincero y un patriota entusiasta. Soñaba con lo bello, deseaba la mejora y el progreso en las clases que sufren, ansiaba el engrandecimiento de México, y combatió siempre con todas sus fuerzas por conseguir que se practicasen en nuestro pueblo las grandes ideas de libertad, únicas que hacen felices á las naciones.

«Era entónces el tiempo de la lucha; tiempo tempestuoso y terrible en que el furor de los partidos se disputaba el poder, y con él la dominacion de las antiguas ideas ó

de las nuevas, por cuyo planteamiento luchaban los demócratas, entre los cuales se contaba Castillo.

«Entonces el periodismo era un campo de batalla en que los adalides enarbolaban la bandera que debía ser defendida después por la espada de los guerreros; la polémica no era más que el prólogo del combate, y el protagonista sellaba muy pronto sus ideas derramando su sangre frente á los cañones enemigos, y en los cadalsos, ó perdiendo la libertad en las oscuras prisiones en que el odio procuraba sepultar el talento.

«Florencio fué periodista: tal vez al principio aceptó esta ocupación como un medio de proporcionarse recursos para vivir, bien mezquino por cierto en nuestro país; pero más tarde hizo del periodismo un arma, y fué combatiente en favor de sus principios. Esto, como era natural, le acarreó grandes persecuciones y sinsabores. El partido enemigo le encarceló varias veces y le desterró otras, haciéndole sufrir todas las angustias de la miseria. Hubo una ocasión en que por una miserable cuestión periodística se vió obligado él, cuyo carácter era tan dulce, á aceptar los peligros de un duelo, tanto más sensible, cuanto que se ponía frente á frente de otro escritor distinguido y por mil razones apreciable. \* En cambio también se hizo digno, por sus servicios y por sus trabajos en la prensa, de ser nombrado miembro de varias sociedades literarias, regidor y últimamente diputado al Congreso de la Unión; \*\* pero no debemos omitir que á pesar de tales distinciones, Florencio ni por un instante dejó de ser aquel

\* D. Félix M. Escalante.

\*\* Perteneció á los Ayuntamientos de 1857 y 1861, habiendo sido presiden-

jóven modesto, humilde y lleno de abnegación que habíamos conocido.

«Vino la guerra de intervención: Florencio salió de México con su hermano el Sr. Lic. Castillo Velasco, para prestar sus servicios á la santa causa de la patria; pero á los pocos meses faltaron los recursos á los dos hermanos, y Florencio quiso venir á México para vender una casa, su única riqueza, que había comenzado á edificar, privándose literalmente hasta de los alimentos, con mil afanes, con sacrificios tan dolorosos como ignorados. La venta era difícil, los días pasaban, la pobreza iba en aumento; debía, para completarse la obra, venir la prisión y luego el destierro.

«El día 2 de Agosto de 1863, una partida de zuavos, dirigida por un esbirro mexicano, vino á sacar á Florencio de su casa, á arrebatarse á su jóven esposa, ídolo de aquella alma de niño, y á sus pequeños hijos, que eran su delicia. Se le encerró en un calabozo, se le puso incomunicado, y se hizo uso con él de todo ese refinamiento de barbarie que empleaban los invasores con nuestros patriotas prisioneros.

«A los pocos días se le notificó que debía salir de México para ser confinado en el Castillo de Ulúa, y se permitió á su familia despedirse de él. ¡Ay! ¡aquella despedida debía ser eterna! Se nos ha referido con este motivo un episodio tiernísimo, y que aunque pertenece á la intimidad de familia, queremos hacer conocer á nuestros lectores. La anciana madre y los hermanos de Florencio

te del segundo, y diputado por el Distrito en dos legislaturas; en una como suplente y como propietario en la otra, de 1861 á 1862.—L. G. O.